

Alicia en el país de las maravillas

Lewis Carroll





<https://cuentosinfantiles.top>

Capítulo 1

Descenso a la madriguera del Conejo

Alicia empezaba a hartarse de estar sentada en la hierba sin hacer nada. A su lado, su hermana leía un aburrido libro sin dibujos ni diálogos.

«¡Vaya una cosa! —pensaba Alicia—. ¿Qué tiene de divertido leer un libro en el que no hay dibujos ni diálogos?».

Estaba considerando —con gran lentitud y sopor, a causa del calor del día— si el placer de trenzar una guirnalda de margaritas le daría el impulso suficiente para levantarse a recolectar las flores cuando, de pronto, un bonito Conejo Blanco de ojos rosados pasó corriendo a su lado. Aquello no tenía nada de excesivamente particular; al fin y al cabo, ¿qué había de raro en ver correr a un Conejo Blanco? Tampoco le pareció muy extraño oír que el Conejo susurraba para sí mismo:

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Llego tarde!

(Al recordarlo, más adelante, pensó que tendría que haberse sorprendido mucho, pero

en aquel momento encontró el hecho de lo más normal). Solo cuando el Conejo Blanco extrajo del chaleco un reloj de bolsillo, miró la hora y apretó el paso todavía más, Alicia se levantó de un salto. ¡Nunca había visto un conejo vestido con chaleco y consultando un reloj!

Le picó tanto la curiosidad que salió corriendo tras el animal campo a través; por suerte, lo divisó justo cuando se metía como una flecha en la boca de una madriguera oculta bajo un seto. Un momento después, Alicia también entró en la madriguera, sin siquiera preguntarse cómo haría para salir de allí.

Al principio, la madriguera tenía forma de túnel y se extendía en línea recta. Pero de pronto el suelo desapareció bruscamente, Alicia no pudo sujetarse y comenzó a caer por lo que parecía un pozo. Debía de ser un pozo muy profundo, o bien es que Alicia caía muy despacio, porque mientras caía tuvo tiempo para mirar detenidamente lo que había a su alrededor y preguntarse lo que iba a ocurrir. Primero miró

hacia abajo, para averiguar dónde iba a aterrizar, pero estaba demasiado oscuro y no se veía nada. Luego, se puso a examinar las paredes del pozo. Estaban cubiertas de armarios y estanterías, y en algunos sitios había grabados y mapas colgados. Al pasar, Alicia cogió un bote de mermelada de uno de los estantes. En la etiqueta ponía:

pero estaba vacío. Alicia se llevó una desilusión y pensó qué hacer con él; como no quería que nadie resultara herido si lo dejaba caer, lo colocó sobre una de las alacenas que iban desfilando a su lado.

«¡Vaya! —pensó—. Después de una caída así, cuando vuelva a casa me parecerá una nimiedad rodar por las escaleras. ¡Van a decir que soy una valiente! ¡Y aunque un día me cayera del tejado, no se lo contaría a nadie!». (Una afirmación que, desde luego, tenía muchas probabilidades de ser cierta).

Alicia siguió cayendo y cayendo, cada vez más profundamente. ¿Acaso no acabaría nunca de caer?